



Este autócrata se va de una manera tan lamentable como ha vivido en la Presidencia y como ha llevado su carrera anterior. Nixon, visiblemente disgustado dice adiós al personal de la Casa Blanca desde la escalera del helicóptero que debía trasladarlo a la base aérea de Andrews.

minismos históricos, y siempre con la posibilidad de unas marchas atrás. Solamente conviene señalar que esta época es así mientras dura, y que el equilibrio alcanzado por las grandes potencias no permite otro tipo de acción).

El papel imperial de los Estados Unidos y su forma de pesar sobre el mundo no deberá de cambiar inmediatamente. No tiene por qué cambiar. Quizá veamos un entendimiento próximo con Cuba: Fidel Castro había anunciado que era imposible mientras Nixon estuviese en el poder. Sabía por qué lo decía: porque Bebe Robozo, su cómplice en los Watergates, mantenía sobre la Casa Blanca la presión del «lobby» cubano. Quizá veamos algunas injerencias menos en asuntos internos. Todo ello está realmente presente en las estructuras políticas actuales, las mismas que han permitido los cambios en Grecia y Portugal, y que han ocasionado los más recientes cambios políticos en Europa. Estamos asistiendo de verdad al deshielo de la guerra fría y de la posguerra, con todos los corrimientos de tierras que ese cambio general de la estructura política lleva consigo. Se trata de una eliminación de autocracias, de un regreso de fórmulas más democráticas y abiertas. No hay por qué creer que las nuevas democracias van a resolver los problemas del mundo, o que puedan ser un fin en sí, pero son un tránsito. Son la negación de todo lo anterior, que merecía ser negado y bien negado, y, por lo tanto, hay que acogerlas como un movimiento positivo. Insistamos en que el destronamiento de Nixon está en ello: la desaparición del papel del Presidente de los Estados Unidos como autócrata, y su sustitución por unos estamentos democráticos ideales hace doscientos años, pervertidos desde hace doscientos años —salvo breves intervalos estelares— tiene una importancia. Una importancia de rectificación.

PROBABLEMENTE, los dos años que ha de estar Ford en la Presidencia, hasta que se celebren nuevas elecciones presidenciales, en 1976, van a marcar un suave tránsito en ese sentido, dentro y fuera de los Estados Unidos. No hay que pensar que ciertos mundos poderosísimos —las industrias, el comercio, las armas— van a aflojar sus riendas ni a perder su imperialismo, pero sí hay que pensar que esos mismos mundos saben ya cuál es el peso del control democrático, por una parte; por otra, que saben que las sociedades actuales, en tanto que sociedades de negocios y compraventa, deben ser manejadas con una sutileza muy distinta de la pesada manaza de Nixon. A partir de finales del año próximo veremos cómo los dos partidos tradicionales de los Estados Unidos evolucionan hacia las elecciones, cómo recogen la opinión pública del país y del mundo y cuáles son los programas y los nombres de los aspirantes a candidatos. Será entonces cuando se note realmente la profundidad del cambio. ■

LOS CONTEM PORAN EOS

TO IMPEACH = IMPICHAR

El neologismo "impichar" (to impeach) no va a hacer, sin duda, fortuna. Probablemente los hispanófonos de los Estados Unidos lo habrán adoptado ya, con la facilidad que tiene el inmigrante para hacer de dos

idiomas reales un idioma imaginario, como los españoles de Francia y Bélgica dicen "chambra" por habitación o aseguran que "crevaron un neu" (crêver un pneu) cuando se les pinchó una rueda del automóvil. Impichar es un neologismo de resonancias casi obscenas. Por los países latinos no se impicha —con perdón— a nadie, ni nadie se deja impichar. El juego va por otras vías.

Por estas repúblicas de Occidente, las gentes se preguntan "¿qué hay detrás de lo de Nixon?". ¿Detrás? "Utilizó un juego sucio, un sistema de espionaje para evitar que ganara la oposición". No, no parece que sea un argumento. En todo caso, dicen: "Podía estar contenta la oposición: en lugar de condenarla a la cárcel o de enviarla al exilio, le ponía microfones en un hotel de lujo... Este Presidente era un buen hombre...". "Es que además falsó sus declaraciones de impuestos". "¿Y quién no tiene un amigo contable que en cuanto llega el mes de enero se pone a trabajar en las declaraciones del Impuesto sobre la Renta? Eso está al alcance de pobres y ricos...". "Pero, demonios, se llevó dinero del destinado a la campaña electoral para arreglar su casa de San Clemente". "¿Dinero que sobraba! Con los microfones ahorrraba mucho dinero a su partido, salía más barato ganar. Y quería tener una residencia secundaria, como todo el mundo...". "¿Y el dinero que aceptó para permitir que subiera el precio de la leche?". "Bueno, si dependía de él la subida, es natural que le dieran una comisión...". "¿Y el abuso de poder?". "¿No se ha dicho siempre que es el hombre con mayor poder del mundo? ¿Cómo puede abusar de poder, si lo tiene todo? Un hombre que tiene la facilidad para

disponer que se bombardeen las ciudades de Vietnam y mueran miles de personas, que se invada Camboya y se envíen armas a Israel en guerra; un hombre que puede decretar la alarma nuclear en el mundo entero

con una simple llamada de teléfono, ¿no iba a poder decir al FBI y a la CIA que dejasen de investigar sus asuntos personales, no iba a poder despedir a un juez que se metía demasiado con sus amigos y con él mismo?". Con esta lógica los ciudadanos de Occidente no entienden bien el caso de Nixon. Y buscan qué pueden estar buscando los senadores, los congresistas, los jueces, los periodistas. "Representan al pueblo". Pero el pueblo, para ellos, es una masa que sale al campo los domingos, que viaja en "metro" y dice "jo" cuando le suben los precios, que se rasca la cabeza cuando no entiende algo, y todo lo más, que esboza una huelguilla, que juega al mus —o a la "belotte" o a la petanca— y que se adormila viendo la televisión. La idea de que el pueblo es un Senado, una Cámara, un Juzgado o un periódico no acaba de comprenderse bien. ¿Cómo puede el pueblo impichar a nadie? ¡A él sí que le impichan, con toda la grosería que el vocablo comporta! Y mucho menos obligar a dimitir a nadie.

No, no; aquí hay algo detrás... Prefieren creer que todo es un asunto de faldas, en el extremo máximo de sus explicaciones posibles; o, en el menor, algún nuevo gran negocio (¿más armas, ¿alguna guerra... para la que el impichado era un obstáculo y el impichante necesitaba quitárselo de en medio?). A alguien le he oído decir serenamente en estos días: "Se lo tiene bien merecido, por tonto. Yo no hubiese dejado sana una sola cinta magnetofónica. Ni un recibo, ni nada. Y si había testigos, se les soborna o se les elimina...".

Y es que Nixon, en el fondo, y por comparación, resultaba un apasionado de la democracia. ■

POZUELO